

El Salto de la Reina Mora



Llorenç Guilera

EL SALTO DE LA REINA MORA:

LA MUERTE DEL PROFESOR HERNÁNDEZ

© Llorenç Guilera, Julio de 2024

ISBN;

Editor: Independently published

Reflexión previa

Nos hemos inventado el concepto de «mentira piadosa» con la excusa de evitar daños a las personas que amamos. Pero, en general, la usamos con egoísmo para no afrontar las consecuencias de nuestros errores.

El autor

Capítulo 1 – Han matado al profesor Hernández

Iglesia de Sant Vicenç de Sarrià.

Lunes 18 de enero de 2016 a las 11:00 a. m.

Lourdes Reguant, con las mejillas inundadas de lágrimas, abraza a Silvia que no ha podido dejar de sollozar durante toda la misa *corpore insepulto* de su marido Abel.

—Te acompaño en el sentimiento, Silvia. Es un horror lo que ha pasado y sé cómo tienes que sentirte.

Silvia se abraza a ella desconsolada.

—Gracias, Lourdes. No salgo de mi espanto. Todavía no me lo puedo creer. No me puedo imaginar por qué lo han asesinado. ¿Qué será de nosotros sin él?

—Nadie lo entiende, te lo aseguro. Era una gran persona, un gran profesor y un compañero querido por todos nosotros.

Junto a la viuda, el hijo del fallecido, un adolescente de diez años no llora porque está catatónico y ya no le quedan lágrimas por derramar.

Ernest Puiggalí, el marido de Lourdes, abraza a Silvia mientras la intenta consolar:

—Ya sabes que te ayudaremos en todo lo que haga falta, Silvia. Te lo decimos de corazón.

La viuda hace un gesto de asentimiento, pero no consigue que le salgan las palabras de agradecimiento que desea expresar.

Empujados por la cola de los que esperan su turno para dar las condolencias, el matrimonio Puiggali desciende por las escaleras de delante de la iglesia.

En el extremo opuesto de la plaza de Sarriá, la directora académica del Centro de Orientación de Adolescentes Puiggali, la señora Roser Recasens, se ha juntado con dos profesores del Centro que recién acaban de desfilar dando el pésame a la viuda.

—¿Es cierto que lo han encontrado apuñalado? — pregunta el profesor Lluís Casadevall.

—Eso me han dicho.

—¿Lo han atracado?

—No lo sé. Creo que no, que lo encontraron la tarde del jueves desangrado por una puñalada en el pecho, en un chalet de Valldoreix propiedad de un amigo suyo.

—¿Y qué hacía Abel en un chalet de Valldoreix?

—A saber...

—¿Te imaginas que le pueda pasar algo así a tu marido? — pregunta Roser Recasens a la otra profesora.

—¡Qué horror! No quiero ni imaginármelo.

—La muerte violenta es siempre la que cuesta más de digerir —filosofa el profesor Casadevall.

El matrimonio Puiggalí camina, en medio de la multitud que ocupa la plaza, dirigiéndose hacia donde se encuentra el grupo de empleados del Centro de Orientación de Adolescentes de la Fundación Puiggalí que fue creado por el padre de Ernest treinta años atrás y el dirige desde hace veintidós años. Cuando les faltan pocos metros para llegar, dos hombres trajeados, de mediana edad y aspecto bastante anodino los interceptan.

—¿El Señor Ernest Puiggalí?

—Sí, soy yo. Díganme.

—Somos el inspector de policía Robert Gálvez y el subinspector Héctor Palacios. Nos debería acompañar a comisaría.

—Mire, no sé porque me necesitan —les responde Ernest Puiggalí—, pero ahora no es un buen momento. Estamos en el funeral de un profesor y buen amigo mío del centro reformativo de menores del que soy el director.

—Lo sabemos. Por eso mismo le pedimos que nos acompañe.

—Pues díganle al Sr. comisario que ya pasaré tan pronto como me sea posible.

El inspector no esconde un gesto de impaciencia.

—Lo siento. Debe acompañarnos ahora mismo, Sr. Puiggalí.

Ahora el gesto de impaciencia y de disgusto lo hace el interpelado.

—No sea impertinente. Ya le he dicho que pasaré por comisaría...

El inspector y el subinspector cogen el interpelado, cada uno por un brazo diferente.

—Usted lo ha querido. Nosotros pretendíamos ahorrarle la vergüenza. —Sube la entonación de su voz a un nivel solemne y de mayor intensidad, para que lo oigan todos los presentes—: Sr. Ernest Puiggali, queda usted detenido como sospechoso del asesinato del profesor Abel Hernández— y en voz más baja, sólo audible al afectado, le añade—: Acompáñenos sin más o nos obligará a esposarlo.

Todas las personas del alrededor que lo han oído se giran extrañadas, impactadas por la sorpresa y llenas de curiosidad. Una tormenta de parloteos nerviosos se esparce por toda la plaza con la velocidad del rayo. El Sr. Puiggali se queda lívido y obedece pasivo. Su esposa Lourdes se apoya en la primera persona que encuentra a su lado para no caerse al suelo desmayada.

Pedralbes, palacete de E. Puiggali.

Lunes 18 de enero de 2016, a las 16:00.

El inspector de policía Robert Gálvez, acompañado de la comitiva judicial, se queda admirando la enorme reja modernista mientras espera que les abran. Ya se imaginaba que el domicilio de los Puiggali sería una mansión rica y grande —en el barrio de Pedralbes abundan— pero no se esperaba la magnificencia del palacete que tienen delante. A unos veinte metros de la avenida ajardinada que arranca del portalón destaca la fachada de dos

pisos de altura y se adivina la existencia de otro jardín privado detrás del edificio con una estupenda y lujosa piscina.

La reja, pintada de negro, tiene entrelazadas las iniciales en dorado brillante del propietario que la creó a principios del siglo pasado: una E y una P, por Ernest Puiggalí, el bisabuelo del propietario actual. Todo un prócer catalán de la industria textil de los que figuran en la Gran Enciclopedia Catalana.

El inspector no puede evitar una mueca de ironía amarga al darse cuenta de que esta mañana le tocó ver las mismas iniciales con una D detrás (E. P. D.) en la esquila mortuoria del profesor Abel Hernández.

Al final de la avenida ajardinada les espera una criada uniformada. «Seguro que es peruana», le adjudica el inspector, después de mirársela con la atención profesional que tiene el hábito de aplicar a todas las personas que se cruzan en su camino.

—La señora les está esperando.

Les guía por la planta baja hasta la biblioteca. El inspector tiene tiempo de notar que el mobiliario de maderas nobles y formas retorcidas de la época no ha sufrido el más mínimo cambio desde la construcción del palacete, pero que sus actuales propietarios han adornado las paredes con pinturas abstractas de Guinovart y Ràfols Casamada. «Mucho dinero y buen gusto», piensa.

La esposa de Ernest Puiggalí y el abogado del detenido les reciben y la letrada del juzgado formaliza el inicio del registro domiciliario con el abogado.

La dueña de la casa se acerca a Robert.

—Le agradezco que haya venido también usted, inspector.

A Robert le sorprende que le recuerde del momento de la detención de su esposo.

—Gracias a usted. Solo estoy cumpliendo con mi deber. Quisiéramos empezar por la cocina. ¿Nos acompaña, por favor?

El tema clave son los cuchillos. Enseña a Macarena de la Fuente, la cocinera, la fotografía del cuchillo que encontraron clavado en el corazón de Abel Hernández.

—¿Podría decirnos si este cuchillo es de esta cocina?

—Bueno, es un cuchillo japonés de una marca muy buena que usamos para cortar verduras.

Abre el cajón y lo pone encima de la mesa.

El inspector se sorprende.

—¿Tenían dos iguales?

—Para nada. Es el único de este tipo que tenemos.

—Es imposible. El que mató a la víctima tiene las huellas dactilares del Sr. Puiggalí. Tendrían dos y usted no estaría al caso.

Macarena tuerce la boca y la mirada.

—Sé perfectamente qué hay y qué no hay en mi cocina.

Robert reacciona.

—Entonces es que alguien le ha pegado el cambiazo. Nos lo vamos a tener que llevar.

Mientras los agentes de la unidad técnica recogen con el protocolo adecuado el cuchillo, el inspector sigue con sus preguntas:

—¿Cuántas personas usan habitualmente este cuchillo?

—Yo, por supuesto, Felicia, que viene a ayudarme siempre que hay más trabajo cuando tenemos invitados, y todos los habitantes de la casa cuando trastean por la cocina.

—¿El Sr. Puiggali también usa este cuchillo?

—El señor lo usa a menudo porque le encanta cortar las hortalizas en trocitos. Dice que esto le relaja y le quita las preocupaciones de la cabeza.

—¿La marca japonesa de estos cuchillos es muy selectiva y especial?

—No, no lo crea tanto. Son cuchillos de mucha calidad, pero, hoy en día, los venden en todas las buenas ferreterías.

—¿Existe alguna tara distintiva, una muesca en el corte, una marca en el mango o cualquier otro detalle que le permita determinar que el cuchillo de la fotografía es el original de su cocina y ha sido sustituido por este otro igual?

—No, la verdad es que no.

—Entonces, cabe la duda razonable de que puedan existir dos cuchillos idénticos y no solo uno — concluye el inspector—. No tenemos pruebas fehacientes de que el cuchillo que causó la muerte del profesor Abel Hernández provenga de estala cocina,